

DUALIDAD

Si uno piensa en la ingente cantidad de apéndices, de artículos de letra menüda que se han tenido que añadir a diez escuetos, claros y terminantes mandamientos que Dios nos impuso, no puede menos que asombrarse de la gran malicia humana. Porque no se nos diga que a ello obliga las circunstancias de una vida distinta a la de entonces, la necesidad de regular unas relaciones nuevas. Eso es vano subterfugio. Cualquier acto, intento o deseo, realizado o no, contra la vida o integridad de un semejante, contra su pudor, contra su propiedad; cualquier engaño o abuso, se encuentra plenamente incluido en aquéllos. No existe acción delictiva, por original que sea, sin vinculación estrecha a la prohibición contenida en alguno de tales mandamientos.

Luego, evidentemente, lo que ocurre es, tan solo, que con esa letra menüda de los Códigos se pretende cerrar todas las posibles salidas de las que, ese mal abogado que todos llevamos dentro, ^{de forma elusoria se.} sirve para burlar ladinamente tan claros preceptos. Y la única llave capaz de cerrarlas, la única cadena suficiente-

mente fuerte para detener esos impulsos, es el castigo humano, esto es, sensible en vida terrena. ¿Se desprende de ello que, en el fondo, todos somos un poco descreídos? ¿Que, subconscientemente, dudamos del castigo divino? Tal vez. La frase "¡Cuán largo me lo fiais!" del Tenorio de Tirso, tiene mas arraigo y existencia real de lo que pudiera creerse.

Hemos dejado entrever, mas arriba, que incluso dentro de una normalidad fisica, existen ciertos impulsos que tal vez nos mueven a pensar o a cometer acciones punibles mas o menos graves; impulsos que contrarrestan y repelen otros, los del lado bueno de nuestra humanidad; es decir, que en nosotros llevamos la bestia y el angel, que hay, coexistente, una dualidad en nuestro ser que, como hilos invisibles, nos arrastran o inclinan hacia el bien hacia el mal.

Esto no es negar la libertad de albedrio, porque poseemos una cualidad de discernimiento, la inteligencia, que nos señala el derrotero, y una fuerza capaz de enderezarnos hacia él: la voluntad. Mas, por desgracia, ésta suele ser, a veces, muy endeble para combatir agudizadas tendencias egoistas -cercanas casi siempre a lo malo-,

y así vemos cómo hombres inteligentísimos y, por ende, conocedores de donde se halla el bien, caen. Un Quevedo escribiría páginas admirables sobre gobierno y moral; y cuantas veces tropezó él mismo!; sobre la justicia ideal Cervantes plasmaría un eterno símbolo que por las circunstancias, -preciso es reconocerlo-, no siempre respetaría; y Seneca, el de la admirable moral estoica, ¡cuán poco ajustó su vida a sus palabras!

Diez mandamientos nos señaló Dios. Muchos apéndices, atestados de letra menuda y apretada, hemos tenido que añadirle. Lo deseable sería que éstos fuesen ya suficientes.

MIGUEL MOLINA